



Juan Yuz, rector de la U. Santa María:

“Las universidades no podemos convertirnos en centros de atención psicológica”

Graciela Ibáñez

Nacido en 1975, este sansano, como se conoce a quienes estudian en la Universidad Técnica Federico Santa María, estuvo en el jardín infantil llamado Sansanito que había dentro del campus en Valparaíso. Juan Yuz Eissmann también participó en las clases de natación que la universidad ofrecía a los hijos de sus funcionarios. Sus padres, ambos profesores, se habían conocido en este lugar, en el que trabajaron por más de 35 años. Ingresó a estudiar ingeniería civil electrónica en 1994. Cinco años después empezó un magíster en ingeniería electrónica. Sus únicos años fuera de este plantel fueron entre 2002 y 2005 cuando hizo un doctorado en ingeniería eléctrica en la Universidad de Newcastle, en Australia. Volvió como investigador y luego se convirtió en profesor. “Tengo una larga historia con la universidad”, dice quien fue elegido rector en 2022 por un período de cuatro años. En 2026 quiere ir a la reelección por otros cuatro años.

“Pero sí tenemos que atender a los casos urgentes”, apunta. Los cambios en los estudiantes y en la docencia, junto con los desarrollos tecnológicos son algunos de los desafíos que esta tradicional casa de estudios enfrenta a casi 100 años de su fundación. En los últimos tres años, han realizado 60 mil atenciones con asistentes sociales.

Su etapa como rector coincide con el inicio de los festejos por el centenario de esta casa de estudios que, además de Valparaíso, está presente en Viña del Mar, Santiago y Concepción. El 20 de diciembre de 2025 conmemoraron los 100 años del fallecimiento de Federico Santa María, un empresario porteño que dejó su fortuna para la creación de un centro educativo. En 1926 se creó la fundación que lleva su nombre. El 20 de diciembre de 1931 -fecha que se usa para el aniversario oficial- se inauguró la Escuela de Artes y Oficios y el Colegio de Ingenieros José Miguel Carrera, hoy la universidad, con el traslado de los restos de Santa María a un monumento en el frontis del edificio, mirando al mar. Los primeros estudiantes entraron en marzo de 1932.

La Universidad Santa María es la quinta más antigua de Chile. Tiene una historia con Valparaíso. ¿Cómo sigue hoy esa relación con el puerto?

Somos parte de una herencia del apogeo de Valparaíso de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. El sistema universitario viene de esa época, con un aporte de

los privados para tener instituciones de educación superior que permitieran darle formación a toda la gente. Esta relación con la ciudad, con el puerto, con la historia es ineludible. La universidad compró hace unos años el edificio de la Bolsa de Valores. Lo ha mantenido como un centro de actividades. No son solo oficinas. Hacemos ahí conciertos para el Día del Patrimonio, para Pascua, para Navidad. Tenemos un proyecto de un museo inmersivo, científico-tecnológico, en el subterráneo de ese edificio. Hemos tratado, a través de estas actividades, de responder a la responsabilidad que tenemos como universidad casi centenaria con el desarrollo de la ciudad. En Valparaíso siempre se habla de que está sucio, de que hay problemas de seguridad, pero aún sigue siendo una ciudad tremenda, y va a seguir siéndolo, desde el punto de vista de su historia, de su patrimonio, de la cultura. Además, hay esfuerzos como el de Eduardo Dib con el Museo del Inmigrante de revitalizar Valparaíso y también Viña del Mar. Somos parte del Distrito de Innovación, el V21,

que se está armando en El Salto para reconvertir ese antiguo sector industrial de Viña del Mar en un polo de desarrollo científico-tecnológico. Es una nueva forma de industria.

“La gratuidad ha generado tensiones en el sistema”

La manera de estudiar ha cambiado en estos casi 100 años. Los alumnos tienen necesidades distintas a las de décadas atrás. ¿Cómo se han adaptado a los cambios culturales con la llamada “generación de cristal”?

Hay formas de enseñar del pasado que hoy no son aceptables. Ha habido un cambio en el trato. Eso pasa incluso por la recepción a los alumnos de primer año. Antes era radicalmente distinta a cómo se hace hoy. Tenemos un alto porcentaje de alumnos que ingresan a nuestra universidad en primera preferencia. Eso nos da un capital inicial de motivación que hay que cuidar. Hoy a los estudiantes los motivan desafíos globales como cambio climático, desarrollo sostenible, emprendimiento e innovación. Tenemos el desafío de entregar las herramientas para que puedan desarrollarlos. Antes la universidad era un tanto espartana, se aspiraba a que cada uno saliera adelante, pero hoy los mecanismos de apoyo son más presentes que hace 20 o 30 años. Desarrollamos un sistema de acompañamiento a la trayectoria estudiantil, el SAT-E, para monitorear cómo van los estudiantes y no esperar el resultado final del semestre o del año, cuando ya no hay mucho que hacer. En los últimos tres años ha habido 60 mil atenciones con asistentes sociales, que van desde temas financieros hasta temas más personales. Nosotros y otras universidades hemos probado diferentes estrategias. Pero las universidades no podemos convertirnos en centros de atención psicológica y psiquiátrica, pero sí tenemos que atender a los casos urgentes, focalizarlos.

¿Cómo han manejado el hecho que se produjo en noviembre cuando un estudiante atacó con un cuchillo a un profesor en la casa central?

Es un lamentable episodio que nos ha remecido como comunidad. Un hecho de violencia como ese no es tolerable ni aceptable bajo ninguna circunstancia. Esto también ha despertado una reflexión interna de cómo es posible que esto no se haya visto venir. En el momento mismo la universidad aplicó los protocolos que tenemos: se dio atención y se llevó al profesor a un centro médico. Afortunadamente, está bien, recuperándose en casa. Probablemente vuelva en marzo, pero podría volver en enero si quiere. El caso del estudiante está en tribunales. En el mediano y largo plazo queremos estructurar esta reflexión y ver qué medidas puntuales podemos mejorar, desde los protocolos de seguridad y emergencia hasta los mecanismos de detección de estos temas que tienen que ver con convivencia y salud mental.

Las carreras también han evolucionado.



De los 21 mil estudiantes que tenemos, un 28% son mujeres. La universidad hace años que tiene iniciativas para potenciar ingresos de más mujeres”.



Hay un desafío tremendo a nivel de educación preescolar y escolar. Necesitamos que eso mejore”.

Desde el punto de la docencia, redujimos las carreras de ingeniería civil de seis a cinco años. Si bien otras universidades ya lo habían hecho, que lo hiciéramos nosotros que tenemos la facultad de ingeniería más numerosa del país fue importante para el sistema. Como universidad siempre hemos tenido un sello bien técnico, científico y duro, como dicen por ahí. Pero la tendencia mundial es tener carreras más cortas y ciclos de especialización. Hemos tenido que adaptarnos a los tiempos y enfrentar desafíos como las brechas de género en el área de ingeniería.

Se decía que la sigla USM significaba Universidad Sin Mujeres.

Sí. Pero eso ha cambiado. De los 21 mil estudiantes que tenemos, un 28% son mujeres. La universidad hace años que tiene iniciativas para potenciar ingresos de más mujeres. Nos acoplamos al programa del Ministerio de Educación de Más Mujeres Científicas, lo que ha logrado más matrículas femeninas. También hemos avanzado con nuestras profesoras. Hace tres años empezamos con un programa especial de contratación de académicas. Pasamos de aproximadamente un 16% a casi un 22%.

¿Cómo ha funcionado la gratuidad en la educación superior, implementada a partir de 2016?

La gratuidad a nivel país ha sido un tremendo apoyo para que más estudiantes puedan acceder a la educación superior, que es un motor de movilidad social. De hecho, Federico Santa María se dio cuenta de eso y por eso su interés era que existiera algo como la universidad que tenemos hoy. Parte del diseño que dejó era entregarle todo a sus estudiantes: alimentación, vivienda, ropa e, incluso, una mensualidad. Los últimos alumnos internos estuvieron hasta fines de los 70. Por diversos motivos su fortuna se fue reduciendo. Y también hubo un punto de inflexión que no es tan conocido. A fines de los 60 hubo una huelga bien grande, de seis meses. Ahí cambió el control de la universidad. Hasta ese año estuvieron los albaceas, la familia Edwards principalmente, a cargo de administrar la universidad. Después de esta huelga, el gobierno de Frei Montalva intervino y entregó la administración a sus profesores. Entonces, si bien somos una institución privada, no hay una corporación detrás como en la Universidad de Concepción o la Universidad Austral. Somos una universidad autogestionada por nosotros los profesores y profesoras.

¿Qué desafíos les ha generado la gratuidad?

Ha generado tensiones en el sistema. Establece un mecanismo de financiamiento de parte del Estado de los aranceles, que deben reflejar los costos de la docencia. El desafío es cómo logramos gestionarnos para también financiar el resto de las actividades que se espera que la universidad realice: investigación, vinculación con el medio, proyectos. De nuestros estudiantes, aproximadamente, el

55% está en gratuidad.

“La clave está en seguir fomentando la relación profesor-estudiante”

Las universidades hoy crecen a través de educación continua, diplomados, magísteres y cursos de más corta duración. ¿Cómo ve este fenómeno?

Nosotros estamos muy ocupados en ofrecer estas modalidades. Hace rato que está este concepto de educación para toda la vida. Dado los indicadores que uno ve de reducción de la natalidad y cambio en el perfil etario en el país, hemos reducido las carreras. Además, muchos de los estudiantes estudian y trabajan. Estamos avanzando hacia formatos más flexibles, híbridos, con módulos virtuales sincrónicos y asincrónicos, para poder llegar a un universo mayor de estudiantes. A eso hay que sumarle el impacto de la inteligencia artificial y de las comunicaciones globales, que también están cambiando la forma de cómo los estudiantes aprenden. Uno podría intentar prohibir el uso de instrumentos de inteligencia artificial, pero eso va a ser imposible de implementar. La clave está en seguir fomentando la relación profesor-estudiante y la relación misma entre los estudiantes con trabajos grupales y trabajos con la comunidad. La inteligencia artificial está lejos de poder reemplazar, ahora o en el futuro, esas formas de aprender.

Se ha hablado mucho del nuevo Financiamiento para la Educación Superior, el FES, que está en discusión en el Congreso. ¿Qué opina de este proyecto?

Es un proyecto necesario para el país, pero en las indicaciones que el gobierno tiene comprometido introducir en el Senado va a estar la clave de cuál va a ser el impacto sobre las universidades, sobre los estudiantes que quieran tomar este instrumento y sobre las finanzas públicas. En este proyecto solo se permite el copago en el decil 10 (de mayores ingresos). Como Consejo de Rectores, hemos dicho que tiene que abrirse el copago a los deciles siete, ocho y nueve. De otra forma, va a ser más carga para el Estado. También el gobierno ha insistido en que como esto no es un crédito ni un impuesto, la figura de retribución implica que en carreras de buenos ingresos futuros, los titulados terminen pagando hasta 3,5 veces el monto financiado. Así, esto no va a ser un instrumento atractivo para las familias, que van a buscar mecanismos alternativos o van a presionarnos a las universidades por ofrecer estos mecanismos. Esos detalles influyen mucho.

¿Qué le pediría a las nuevas autoridades en educación que asumirán en marzo?

Hay un desafío tremendo a nivel de educación preescolar y escolar. Necesitamos que eso mejore, porque si no, vamos a seguir teniendo brechas entre estudiantes de diferentes colegios, historias y trayectorias. Necesitamos fortalecer ese segmento de la educación en todo el país.